



fran una eternidad de dichas, en el instante fuga del sacrificio y de la abnegación por un ideal de paz y de amor entre los hombres.

El obstáculo, la denostación y el estigma, siempre fueron el enemigo de los económicos judíos y de los hombres que superaron levantarse con toda la decisiva impulsión reparadora ante el dolor popular para infijar explicación a los tristes.

Espero, los cobardes adversarios y los morbosos enemigos del horroso instigable, del sacrificio espontáneo, y de la acción ética que informan la violencia y el carácter de los revolucionarios, tienen en su contracción represiva, una alta finalidad, si se quiere, pero de inconciencia que estribaba en aquilatarse y templar con el obice, la consistencia de los valientes.

Y bien. La sensatez revolucionaria se deduce, precisamente de la línea recta que remarcó el trayecto inexorable de la revolución. Por ello, los combatientes no se detienen ni se perturban, con el clamor de ruindad y timidez que surge de las ciegas multitudines, y en cambio, escuchándose a sí mismos, se engrandecen ante sus propios ojos resplandecientes de vida y luz, con toda la vehemencia de justicia que hierve en sus nobles corazones.

La linea recta, repetimos, es la vez que inclinable, producente y la única eficaciamen te lógica.

En abono de esta observación, aducimos el estudio conciencioso del espíritu colectivo e individual, en doble manifestación estética y dinámica.

Nosotros, temeros por bien sabido, como lo hemos manifestado harlamente en las columnas de nuestro diario, que la cuestión social ti obra, no significa la guerra de utilidades o intereses de clases o facciones, y que la radical reforma de nuestros organismos sociales, exigida es impuesta por el vigor y la pujanza del proletariado organizado, está muy lejos de exhibir y encarnar la mera aspiración de mejores condiciones de existencia, a beneficio de las multitudes asiladas.

Nos, para nosotros, en nuestra tesis de anarquistas revolucionarios, la grande cuestión social ti obra de la actualidad, asume toda la transcendencia y la elevada gravedad de un asunto vastamente humano y de indelel esencialmente moral.

La reforma, no la impone el dolor económico de un pueblo obrero. La revolución que nos ha reclutado en sus fracos ejércitos, es el incubio inevitable de una necesidad moral.

Así la han acogido las prodigalidades, fuscadas en sacrificios, de las falanges proletarias, perfechadas en la unión y solidaridad. Así la han lanzado el genio y el pensamiento de la historia. Y por esta sola razón se hace inconcebible, el espíritu de los trabajadores, el valor, como modo de lucha, del practicismo de partido—de la expectativa evolucionista—de la temperancia—de la lenta progresión—de la apacibilidad, y otras similares virtudes teologales, con cuyo ejercicio, al decir de algunos, la clase obrera logrará su perfecta redención á la que darán posterior solución á la cuestión en debate.

Razonar con tan extrañado sesgo de lógica, equivaldría á exponer—“asunto de los términos en que las ciencias morales plantean el teorema social y humano, en cuya pronta explotación están empeñados los trabajadores del orbe, al paso que omitir las más elementales cogniciones del espíritu de los hombres.”

Pues, ¿cómo se puede pensar que una legítima sublevación, que se levanta con la inmensidad de un mundo obrero consciente, ante la injusticia y el error homicida; pueda avenirse con la expectativa compónica con la lenta evolución, con la tempranía demolería imposible?

Es menester consignar que la predica de algunos, en este caso, es para los obreros una exhortación de criminosas complicidad y connivencia en el crimen de las mismas instituciones y del estado de cosas que se extiende. Hacemos esta sincera declaración, porque, repetimos, la cuestión social ti obra no es trascendental, de agio, tráfico ó comercio, cosas que en sus naturalezas se prestan al cálculo, á la capacidad ó la esperanza de la aceptación, sino por el contrario, sugiere espontáneamente la inmoralidad de la reparación de la justicia y de la verdad, á cuya gloria se tributa el sacrificio y el dolor proletario y humano.

La cuestión, subrayamos, es de justicia y verdad, no de utilidad—instar de clase, y por lo tanto, no se puede esperar consistiendo con la inercia la perpetuación del enorme delito. Nuevas acciones de sincera y elevada reivindicación, y por ella se encausa en la línea recta y son fórmulas ni programas previos.

La revolución no es designio presiente,

trágicas y de miserias insuables, que traen los martirios.

El 23 del corriente el comandante Ezequiel Gutiérrez Murruro, fué reducido á prisión por los golpes y heridas que sufrían los soldados del Ejército, que eran en su mayoría de los que se habían levantado en el país á fin de la guerra civil, y que por su desobediencia no se atrevían al que por el general Gutiérrez expidió como orden de combate, que superior levantarse con toda la decisiva impulsión reparadora ante el dolor popular para infijar explicación á los tristes.

Espero, los cobardes adversarios y los morbosos enemigos del horroso instigable, del sacrificio espontáneo, y de la acción ética que informan la violencia y el carácter de los revolucionarios, tienen en su contracción represiva, una alta finalidad, si se quiere, pero de inconciencia que estribaba en aquilatarse y templar con el obice, la consistencia de los valientes.

Y bien. La sensatez revolucionaria se deduce, precisamente de la línea recta que remarcó el trayecto inexorable de la revolución. Por ello, los combatientes no se detienen ni se perturban, con el clamor de ruindad y timidez que surge de las ciegas multitudines, y en cambio, escuchándose a sí mismos, se engrandecen ante sus propios ojos resplandecientes de vida y luz, con toda la vehemencia de justicia que hierve en sus nobles corazones.

La linea recta, repetimos, es la vez que inclinable, producente y la única eficaciamen te lógica.

En abono de esta observación, aducimos el estudio conciencioso del espíritu colectivo e individual, en doble manifestación estética y dinámica.

Nosotros, temeros por bien sabido, como lo hemos manifestado harlamente en las columnas de nuestro diario, que la cuestión social ti obra, no significa la guerra de utilidades o intereses de clases o facciones, y que la radical reforma de nuestros organismos sociales, exigida es impuesta por el vigor y la pujanza del proletariado organizado, está muy lejos de exhibir y encarnar la mera aspiración de mejores condiciones de existencia, a beneficio de las multitudes asiladas.

Nos, para nosotros, en nuestra tesis de anarquistas revolucionarios, la grande cuestión social ti obra de la actualidad, asume toda la transcendencia y la elevada gravedad de un asunto vastamente humano y de indelel esencialmente moral.

La reforma, no la impone el dolor económico de un pueblo obrero. La revolución que nos ha reclutado en sus fracos ejércitos, es el incubio inevitable de una necesidad moral.

Así la han acogido las prodigalidades, fuscadas en sacrificios, de las falanges proletarias, perfechadas en la unión y solidaridad. Así la han lanzado el genio y el pensamiento de la historia. Y por esta sola razón se hace inconcebible, el espíritu de los trabajadores, el valor, como modo de lucha, del practicismo de partido—de la expectativa evolucionista—de la temperancia—de la lenta progresión—de la apacibilidad, y otras similares virtudes teologales, con cuyo ejercicio, al decir de algunos, la clase obrera logrará su perfecta redención á la que darán posterior solución á la cuestión en debate.

Razonar con tan extrañado sesgo de lógica, equivaldría á exponer—“asunto de los términos en que las ciencias morales plantean el teorema social y humano, en cuya pronta explotación están empeñados los trabajadores del orbe, al paso que omitir las más elementales cogniciones del espíritu de los hombres.”

Pues, ¿cómo se puede pensar que una legítima sublevación, que se levanta con la inmensidad de un mundo obrero consciente, ante la injusticia y el error homicida; pueda avenirse con la expectativa compónica con la lenta evolución, con la tempranía demolería imposible?

Es menester consignar que la predica de algunos, en este caso, es para los obreros una exhortación de criminosas complicidad y connivencia en el crimen de las mismas instituciones y del estado de cosas que se extiende. Hacemos esta sincera declaración, porque, repetimos, la cuestión social ti obra no es trascendental, de agio, tráfico ó comercio, cosas que en sus naturalezas se prestan al cálculo, á la capacidad ó la esperanza de la aceptación, sino por el contrario, sugiere espontáneamente la inmoralidad de la reparación de la justicia y de la verdad, á cuya gloria se tributa el sacrificio y el dolor proletario y humano.

La cuestión, subrayamos, es de justicia y verdad, no de utilidad—instar de clase, y por lo tanto, no se puede esperar consistiendo con la inercia la perpetuación del enorme delito. Nuevas acciones de sincera y elevada reivindicación, y por ella se encausa en la línea recta y son fórmulas ni programas previos.

La revolución no es designio presiente,

que permiten á los permisionados el resultado de lo mismo, algunos muertos mas, huevos horridos, y un cargamento de deportes palpitantes desembarcando en Montevideo, que el 23 del corriente el comandante Ezequiel Gutiérrez Murruro, fué reducido á prisión por los golpes y heridas que sufrían los soldados del Ejército, que eran en su mayoría de los que se habían levantado en el país á fin de la guerra civil, y que por su desobediencia no se atrevían al que por el general Gutiérrez expidió como orden de combate, que superior levantarse con toda la decisiva impulsión reparadora ante el dolor popular para infijar explicación á los tristes.

El obstáculo, la denostación y el estigma, siempre fueron el enemigo de los económicos judíos y de los hombres que superaron levantarse con toda la decisiva impulsión reparadora ante el dolor popular para infijar explicación á los tristes.

Espero, los cobardes adversarios y los morbosos enemigos del horroso instigable, del sacrificio espontáneo, y de la acción ética que informan la violencia y el carácter de los revolucionarios, tienen en su contracción represiva, una alta finalidad, si se quiere, pero de inconciencia que estribaba en aquilatarse y templar con el obice, la consistencia de los valientes.

Y bien. La sensatez revolucionaria se deduce, precisamente de la línea recta que remarcó el trayecto inexorable de la revolución. Por ello, los combatientes no se detienen ni se perturban, con el clamor de ruindad y timidez que surge de las ciegas multitudines, y en cambio, escuchándose a sí mismos, se engrandecen ante sus propios ojos resplandecientes de vida y luz, con toda la vehemencia de justicia que hierve en sus nobles corazones.

La linea recta, repetimos, es la vez que inclinable, producente y la única eficaciamen te lógica.

En abono de esta observación, aducimos el estudio conciencioso del espíritu colectivo e individual, en doble manifestación estética y dinámica.

Nosotros, temeros por bien sabido, como lo hemos manifestado harlamente en las columnas de nuestro diario, que la cuestión social ti obra, no significa la guerra de utilidades o intereses de clases o facciones, y que la radical reforma de nuestros organismos sociales, exigida es impuesta por el vigor y la pujanza del proletariado organizado, está muy lejos de exhibir y encarnar la mera aspiración de mejores condiciones de existencia, a beneficio de las multitudes asiladas.

Nos, para nosotros, en nuestra tesis de anarquistas revolucionarios, la grande cuestión social ti obra de la actualidad, asume toda la transcendencia y la elevada gravedad de un asunto vastamente humano y de indelel esencialmente moral.

La reforma, no la impone el dolor económico de un pueblo obrero. La revolución que nos ha reclutado en sus fracos ejércitos, es el incubio inevitable de una necesidad moral.

Así la han acogido las prodigalidades, fuscadas en sacrificios, de las falanges proletarias, perfechadas en la unión y solidaridad. Así la han lanzado el genio y el pensamiento de la historia. Y por esta sola razón se hace inconcebible, el espíritu de los trabajadores, el valor, como modo de lucha, del practicismo de partido—de la expectativa evolucionista—de la temperancia—de la lenta progresión—de la apacibilidad, y otras similares virtudes teologales, con cuyo ejercicio, al decir de algunos, la clase obrera logrará su perfecta redención á la que darán posterior solución á la cuestión en debate.

Razonar con tan extrañado sesgo de lógica, equivaldría á exponer—“asunto de los términos en que las ciencias morales plantean el teorema social y humano, en cuya pronta explotación están empeñados los trabajadores del orbe, al paso que omitir las más elementales cogniciones del espíritu de los hombres.”

Pues, ¿cómo se puede pensar que una legítima sublevación, que se levanta con la inmensidad de un mundo obrero consciente, ante la injusticia y el error homicida; pueda avenirse con la expectativa compónica con la lenta evolución, con la tempranía demolería imposible?

Es menester consignar que la predica de algunos, en este caso, es para los obreros una exhortación de criminosas complicidad y connivencia en el crimen de las mismas instituciones y del estado de cosas que se extiende. Hacemos esta sincera declaración, porque, repetimos, la cuestión social ti obra no es trascendental, de agio, tráfico ó comercio, cosas que en sus naturalezas se prestan al cálculo, á la capacidad ó la esperanza de la aceptación, sino por el contrario, sugiere espontáneamente la inmoralidad de la reparación de la justicia y de la verdad, á cuya gloria se tributa el sacrificio y el dolor proletario y humano.

La cuestión, subrayamos, es de justicia y verdad, no de utilidad—instar de clase, y por lo tanto, no se puede esperar consistiendo con la inercia la perpetuación del enorme delito. Nuevas acciones de sincera y elevada reivindicación, y por ella se encausa en la línea recta y son fórmulas ni programas previos.

La revolución no es designio presiente,

que permiten á los permisionados el resultado de lo mismo, algunos muertos mas, huevos horridos, y un cargamento de deportes palpitantes desembarcando en Montevideo, que el 23 del corriente el comandante Ezequiel Gutiérrez Murruro, fué reducido á prisión por los golpes y heridas que sufrían los soldados del Ejército, que eran en su mayoría de los que se habían levantado en el país á fin de la guerra civil, y que por su desobediencia no se atrevían al que por el general Gutiérrez expidió como orden de combate, que superior levantarse con toda la decisiva impulsión reparadora ante el dolor popular para infijar explicación á los tristes.

El obstáculo, la denostación y el estigma, siempre fueron el enemigo de los económicos judíos y de los hombres que superaron levantarse con toda la decisiva impulsión reparadora ante el dolor popular para infijar explicación á los tristes.

Espero, los cobardes adversarios y los morbosos enemigos del horroso instigable, del sacrificio espontáneo, y de la acción ética que informan la violencia y el carácter de los revolucionarios, tienen en su contracción represiva, una alta finalidad, si se quiere, pero de inconciencia que estribaba en aquilatarse y templar con el obice, la consistencia de los valientes.

Y bien. La sensatez revolucionaria se deduce, precisamente de la línea recta que remarcó el trayecto inexorable de la revolución. Por ello, los combatientes no se detienen ni se perturban, con el clamor de ruindad y timidez que surge de las ciegas multitudines, y en cambio, escuchándose a sí mismos, se engrandecen ante sus propios ojos resplandecientes de vida y luz, con toda la vehemencia de justicia que hierve en sus nobles corazones.

La linea recta, repetimos, es la vez que inclinable, producente y la única eficaciamen te lógica.

En abono de esta observación, aducimos el estudio conciencioso del espíritu colectivo e individual, en doble manifestación estética y dinámica.

Nosotros, temeros por bien sabido, como lo hemos manifestado harlamente en las columnas de nuestro diario, que la cuestión social ti obra, no significa la guerra de utilidades o intereses de clases o facciones, y que la radical reforma de nuestros organismos sociales, exigida es impuesta por el vigor y la pujanza del proletariado organizado, está muy lejos de exhibir y encarnar la mera aspiración de mejores condiciones de existencia, a beneficio de las multitudes asiladas.

Nos, para nosotros, en nuestra tesis de anarquistas revolucionarios, la grande cuestión social ti obra de la actualidad, asume toda la transcendencia y la elevada gravedad de un asunto vastamente humano y de indelel esencialmente moral.

La reforma, no la impone el dolor económico de un pueblo obrero. La revolución que nos ha reclutado en sus fracos ejércitos, es el incubio inevitable de una necesidad moral.

Así la han acogido las prodigalidades, fuscadas en sacrificios, de las falanges proletarias, perfechadas en la unión y solidaridad. Así la han lanzado el genio y el pensamiento de la historia. Y por esta sola razón se hace inconcebible, el espíritu de los trabajadores, el valor, como modo de lucha, del practicismo de partido—de la expectativa evolucionista—de la temperancia—de la lenta progresión—de la apacibilidad, y otras similares virtudes teologales, con cuyo ejercicio, al decir de algunos, la clase obrera logrará su perfecta redención á la que darán posterior solución á la cuestión en debate.

Razonar con tan extrañado sesgo de lógica, equivaldría á exponer—“asunto de los términos en que las ciencias morales plantean el teorema social y humano, en cuya pronta explotación están empeñados los trabajadores del orbe, al paso que omitir las más elementales cogniciones del espíritu de los hombres.”

Pues, ¿cómo se puede pensar que una legítima sublevación, que se levanta con la inmensidad de un mundo obrero consciente, ante la injusticia y el error homicida; pueda avenirse con la expectativa compónica con la lenta evolución, con la tempranía demolería imposible?

Es menester consignar que la predica de algunos, en este caso, es para los obreros una exhortación de criminosas complicidad y connivencia en el crimen de las mismas instituciones y del estado de cosas que se extiende. Hacemos esta sincera declaración, porque, repetimos, la cuestión social ti obra no es trascendental, de agio, tráfico ó comercio, cosas que en sus naturalezas se prestan al cálculo, á la capacidad ó la esperanza de la aceptación, sino por el contrario, sugiere espontáneamente la inmoralidad de la reparación de la justicia y de la verdad, á cuya gloria se tributa el sacrificio y el dolor proletario y humano.

La cuestión, subrayamos, es de justicia y verdad, no de utilidad—instar de clase, y por lo tanto, no se puede esperar consistiendo con la inercia la perpetuación del enorme delito. Nuevas acciones de sincera y elevada reivindicación, y por ella se encausa en la línea recta y son fórmulas ni programas previos.

La revolución no es designio presiente,

que permiten á los permisionados el resultado de lo mismo, algunos muertos mas, huevos horridos, y un cargamento de deportes palpitantes desembarcando en Montevideo, que el 23 del corriente el comandante Ezequiel Gutiérrez Murruro, fué reducido á prisión por los golpes y heridas que sufrían los soldados del Ejército, que eran en su mayoría de los que se habían levantado en el país á fin de la guerra civil, y que por su desobediencia no se atrevían al que por el general Gutiérrez expidió como orden de combate, que superior levantarse con toda la decisiva impulsión reparadora ante el dolor popular para infijar explicación á los tristes.

El obstáculo, la denostación y el estigma, siempre fueron el enemigo de los económicos judíos y de los hombres que superaron levantarse con toda la decisiva impulsión reparadora ante el dolor popular para infijar explicación á los tristes.

Espero, los cobardes adversarios y los morbosos enemigos del horroso instigable, del sacrificio espontáneo, y de la acción ética que informan la violencia y el carácter de los revolucionarios, tienen en su contracción represiva, una alta finalidad, si se quiere, pero de inconciencia que estribaba en aquilatarse y templar con el obice, la consistencia de los valientes.

Y bien. La sensatez revolucionaria se deduce, precisamente de la línea recta que remarcó el trayecto inexorable de la revolución. Por ello, los combatientes no se detienen ni se perturban, con el clamor de ruindad y timidez que surge de las ciegas multitudines, y en cambio, escuchándose a sí mismos, se engrandecen ante sus propios ojos resplandecientes de vida y luz, con toda la vehemencia de justicia que hierve en sus nobles corazones.

La linea recta, repetimos, es la vez que inclinable, producente y la única eficaciamen te lógica.

En abono de esta observación, aducimos el estudio conciencioso del espíritu colectivo e individual, en doble manifestación estética y dinámica.

Nosotros, temeros por bien sabido, como lo hemos manifestado harlamente en las columnas de nuestro diario, que la cuestión social ti obra, no significa la guerra de utilidades o intereses de clases o facciones, y que la radical reforma de nuestros organismos sociales, exigida es impuesta por el vigor y la pujanza del proletariado organizado, está muy lejos de exhibir y encarnar la mera aspiración de mejores condiciones de existencia, a beneficio de las multitudes asiladas.

Nos, para nosotros, en nuestra tesis de anarquistas revolucionarios, la grande cuestión social ti obra de la actualidad, asume toda la transcendencia y la elevada gravedad de un asunto vastamente humano y de indelel esencialmente moral.

La reforma, no la impone el dolor económico de un pueblo obrero. La revolución que nos ha reclutado en sus fracos ejércitos, es el incubio inevitable de una necesidad moral.

Así la han acogido las prodigalidades, fuscadas en sacrificios, de las falanges proletarias, perfechadas en la unión y solidaridad. Así la han lanzado el genio y el pensamiento de la historia. Y por esta sola razón se hace inconcebible, el espíritu de los trabajadores, el valor, como modo de lucha, del practicismo de partido—de la expectativa evolucionista—de

